

El carácter racional de la teoría crítica

Sergio Sevilla

El autor de este libro caracteriza, con modestia, su ambición cuando afirma: «Hemos propuesto una lectura nueva de la filosofía de Adorno» (p. 151). Pero el lector no debe dejarse seducir por la sencillez aparente de ese propósito sin preguntarse ¿por qué, ahora, la filosofía de Adorno?, ¿qué aporta a un pensamiento dialéctico, hoy en franca retirada?, o ¿en qué sentido puede ser «nueva» la filosofía de un pensador crítico que desapareció hace casi treinta años? La lectura del libro de Vicente Gómez da satisfacción cumplida a estas cuestiones y, en su agudeza, apunta la posibilidad de nuevos desarrollos actuales del paradigma crítico que Adorno representa.

La novedad de la lectura que V. Gómez realiza consiste, en primer lugar, en facilitar al lector el acceso al núcleo teórico de la obra de Adorno, restableciendo su perfil singular frente a las generalizaciones que lo diluyen en «la primera generación» de la Escuela de Frankfurt, y rompiendo con los estereotipos que ha difundido sobre un pensador de no fácil acceso la interpretación de Habermas, interesada en potenciar la novedad del propio «giro lingüístico» de la teoría crítica. Aunque el autor, con razón, intenta evitar que la disyuntiva entre ambas generaciones llegue a convertirse en la tarea actual de la teoría crítica –lo que sería un absurdo manifiesto–, se esfuerza también por mostrar que la obra de Adorno encierra potenciales de desa-

rollo actual de la teoría crítica que no han sido absorbidos, ni menos agotados, por la *Teoría de la acción comunicativa*. Lo que sí constituye una tarea actual para la teoría crítica es «empezar a considerar la posibilidad de que la transformación comunicativa de la Teoría Crítica de Adorno signifique un retroceso por lo que respecta a la misma capacidad crítica de la teoría» (p. 21). Para facilitar la liberación de esa virtualidad crítica es para lo que V. Gómez nos ofrece «una reconstrucción inmanente, genética y sistemática a un tiempo» de un pensamiento complejo, que niega toda posibilidad de sistema.

La obra de V. Gómez reconstruye conceptualmente los principales escritos de Adorno desde 1922 hasta los póstumos publicados (*Teoría estética, Terminología filosófica*), pasando por *Kierkegaard. Construcción de lo estético, Dialéctica de la Ilustración y Dialéctica Negativa*. En todos los casos realiza una versión castellana propia de los textos de Adorno, lo cual facilita el acceso a un pensamiento que no siempre ha sido facilitado por los traductores al castellano, de los que ha recibido un trato extremadamente desigual: alguna vez excelente, otras deficiente hasta lo ininteligible. El autor de este libro consigue esta-

establecer de forma convincente, frente a otras interpretaciones, la coherencia de fondo –y la congruencia con la forma expresiva– de un pensamiento constelativo, comprometido con «la teorización de una idea irrestricta de racionalidad» (p. 152) y que realiza una transformación material y negativa de la dialéctica para mejor captar las contradicciones de las sociedades contemporáneas. ¿Por qué, entonces, acotar en el título la expresión «pensamiento estético»? Una respuesta breve podría limitarse a constatar su propia precisión: «Lo estético emerge en la obra de Adorno como



Vicente Gómez,

El pensamiento estético de Theodor W. Adorno,

Colección Frónesis, Ediciones Cátedra-Universitat de València, 1998, Madrid, 229 pp.

«corrección» de la razón subjetiva y del dominio al que ésta somete a su objeto» (pp. 153-154). Pero la cuestión exige una aclaración que va más al fondo de la obra de Adorno. Lo que éste constata de modo crítico es una tendencia arraigada en las filosofías de nuestro siglo a ofrecer un lugar especializado para la verdad, a la que se recluye en el discurso de las ciencias positivas, por oposición al cual se convierte al arte en el refugio de lo no-científico, convertido en no-racional. V. Gómez muestra las formas en que Adorno se enfrenta a esa falsa alternativa, e intenta restablecer los derechos de una teoría no menguada de la racionalidad y la verdad.

El modo indirecto de abordar *Dialéctica Negativa*, sobre todo a través de «*El ensayo como forma*», *Terminología Filosófica* y «*Sobre la poesía tardía de Hölderlin*», presenta grandes ventajas y algún inconveniente. Entre las primeras, la de responder de un modo contundente a las objeciones de Habermas, que la dialéctica negativa no es una filosofía de la historia, que el paradigma de la filosofía de la conciencia y de la filosofía del sujeto son criticados y superados en la propia obra de Adorno y, sobre todo, que su pensamiento realiza un giro lingüístico de la teoría crítica, sin recurrir a la filosofía analítica de los *speech-acts*; entre las limitaciones del enfoque cuenta la de no haber afrontado la pregunta por la lógica de un índice constelativo, como el de *Dialéctica Negativa*, en que la vertebración entre sus partes no es ni evidente a primera vista, ni indiscutible por familiarizado que se esté con el texto. Es mérito indudable, sin embargo, la nitidez con que el tratamiento de la relación entre filosofía y arte deshace toda pretensión de aproximar el proceder de Adorno al de la deconstrucción, de Heidegger o de Derrida, y, en general, a todo intento de borrar el compromiso con la verdad del discurso filosófico, que distingue a Adorno tanto del positivismo cuanto de Heidegger. La posición adorniana sobre el lenguaje se mueve a igual distancia del formalismo de la filosofía analítica y

de la «jerga de la autenticidad» heideggeriana, que valora como una recaída en la mitología; la forma en que el autor ilumina esta cuestión y las posibilidades teóricas que la posición de Adorno abre, cuentan entre los grandes aciertos de este trabajo. Otro de ellos es la forma en que restablece claridad sobre el compromiso de Adorno con la racionalidad moderna, rompiendo la equivalencia mecánica que se le ha atribuido falsamente a la conexión entre síntesis conceptual y dominación. El análisis de Gómez acierta también en el peculiar tratamiento que realiza de *Minima moralia*, título ausente del índice precisamente por la función decisiva que sus distintas apariciones adquieren en el texto, especialmente cuando se la interpreta como cumplimiento *avant la lettre* de la tarea epistemológica de *Dialéctica Negativa*, y como ejemplo de dialéctica material en que lo particular rompe con la fuerza ideológica de la forma sistema, como crítica filosófico-social en forma de constelación.

Sin duda la interpretación que Gómez hace de Adorno muestra la actual potencia de la «crítica social dialéctica», en gran medida apoyada en el acicate que representa el diálogo con la interpretación, en clave de «razón comunicativa», de Albrecht Wellmer. El debate sobre estos temas entre Gómez y Wellmer se inició de viva voz tras la conferencia del último en la Universidad de Valencia en 1989, y tuvo como consecuencia escrita el volumen de A. Wellmer y V. Gómez, *Estética y teoría crítica: dos interpretaciones de Theodor W. Adorno*, (Valencia, 1994). Pero aquel diálogo ha producido efectos importantes en la elaboración de V. Gómez en la segunda parte («la persistencia de la negatividad») del libro que nos ocupa y, de un modo particularmente constructivo, para una nueva actualidad del pensamiento de Adorno en su capítulo tercero. En él muestra Gómez la potencia crítica de la concepción de la filosofía que Adorno formula en el último fragmento de *Minima Moralia*, en el que Wellmer ve —de acuerdo con Habermas— una auto-disolución de la teoría crítica. Para hacer-

lo, elabora una visión coherente del papel que Adorno da a la filosofía como «crítica social dialéctica», que se convierte en una verdadera respuesta a la pregunta ¿desde dónde se ejerce hoy la teoría como crítica? Entender correctamente la respuesta que Adorno propone implica colocar en el lugar adecuado lo que Gómez llama «el motivo *materialista* cuya presencia se ha descubierto, desde Marx, en el idealismo hegeliano», momento que sitúa adecuadamente en la dialéctica finito-infinito, y que traslada al lenguaje adorniano en la afirmación: «el dato es en sí mismo más que su pura inmediatez, condensa un proceso de devenir él mismo, un conjunto de mediaciones que en su inmanencia lo trascienden» (p. 204). Tal interpretación del valor teórico de los datos hace inviable cualquier forma de sociología positivista, que respete lo dado como punto de partida y como explanandum de la propia sociología, y hace necesaria una sociología crítica y dialéctica, y una filosofía como «interpretación» crítica. Gómez explica con rigor cómo se articulan ambos conceptos en «*Actualidad de la filosofía*», *Crítica cultural y sociedad* y, sobre todo, *Minima Moralia* que aparece como la más potente contribución de Adorno a una crítica del «espíritu objetivo» de nuestro tiempo, es decir, de las sociedades racionalizadas y convertidas en sistema total, en que la primacía del principio de intercambio produce la situación de «vida dañada» que Adorno teoriza. Pero, a mi modo de ver, el apretado análisis de Gómez encierra más virtualidades teóricas de las que exhibe y, por ello, cabe esperar de él desarrollos relevantes. Me permitiré, para acabar, sugerir alguno. Una explicitación de la teoría adorniana de la experiencia, en los términos apuntados, se hace necesaria para comprender su opción por una sociología dialéctica, en contraste con el abandono de toda dialéctica en *Teoría de la Acción Comunicativa*, y el carácter inmanente de una crítica, social y filosófica, que no se disocia de la práctica, y «no quiere instalarse en lugar alguno extrínseco a la cosa misma». Cuando Habermas usa la

conjugación de sociologías funcionalistas para conocer el sistema, y sociología de la acción para acceder al mundo de la vida, está tácitamente respetando la comprensión que las ciencias sociales –como ejemplos de «teoría tradicional», en el sentido de Horkheimer– tienen de los datos de experiencia que han de conocer. En ellas, el dato no va más allá de sí mismo, y tal vez eso conduce a una teoría crítica de la sociedad que acepta ese punto de partida, a preguntarse por el «lugar» de la instancia crítica, y a intentar construirlo en el punto de cruce entre paradigmas sociológicos que intentan tener validez por separado, o en una teoría de los actos de habla que postula una comunicación libre de constricciones. Tomar en serio la concepción de la filosofía como interpretación crítica y la sociología como crítica social dialéctica, supone desarrollar a fondo una teoría de la experiencia en la que los datos, más allá de su propia inmediatez, condensan un proceso de devenir cuya interpretación hace evidentes sus potencialidades y sus grietas, sus líneas de fuga, y contiene una apelación a la práctica no externa a la propia teoría. También en Hegel la relación finito-infinito permite recuperar la concepción de la realidad spinoziana, y realizar la crítica del carácter alienado de una ilustración unilateral y cientifista. Una elaboración en esa dirección permitiría ver a otra luz la posible relación del pensamiento de Adorno con la hermenéutica de filiación heideggeriana, como también la crítica de la modernidad, y podría contribuir productivamente a la formulación de un paradigma crítico para las ciencias sociales. Todo ello viene posibilitado por una recuperación del pensamiento de Adorno en los términos de la obra que comentamos.